

EL OBRERO DE LA TIERRA

Redacción y Administración: Piamonte, 2 (Casa del Pueblo). Tél. 41655

ORGANO DE LA FEDERACION NACIONAL DE OBREROS DE LA TIERRA

¡PRIMERO DE MAYO!

Nunca el espíritu se ensanchará tanto como este día, en el cual se celebra la Fiesta del Trabajo. Paz entre hermanos; lucha constante contra el capitalismo, que quiere cercenar las conquistas de los trabajadores manteniéndolos en estado de servidumbre al que amasa la riqueza del país, al que constantemente riega con su sudor la tierra que produce, da su vida para que la Humanidad exista, viendo pasar la procesión de los días sin la satisfacción de la gloria, sin el estímulo de una frase cariñosa salida de boca del que se llama propietario de la tierra, sin el consuelo de un día de fraternidad con los hombres, de familiaridad con los suyos.

Llega el Primero de Mayo y el trabajador del campo se incorpora al ejército proletario. Ya se mezclan los hombres del trabajo: el que martillea sin cesar en el duro yunque el hierro que transforma, el que baja a buscarlo a las entrañas de la tierra, el que empuña el arado que otras manos forjaron para también hacer que el mundo de la nada se transforme en Naturaleza fuerte, en gérmenes de vida que continúan la historia de la Humanidad, constantemente evolucionando para dar paso a la nueva civilización que la fraternidad humana va lentamente edificando.

Los hombres del campo revisten a éste con mayores galas; también la Naturaleza forma parte de la manifestación del trabajo exhibiendo las bellezas que fabricara durante la invernada; las flores enseñan a la revolución proletaria cómo se transforma una sociedad, lentamente, pero sin dejar de laborar; un trozo de tierra es el cimiento de la belleza que aprisiona la raíz de la hermosura, reteniendo durante una larga época los riegos que el hombre lanzara, para después decir: «Soy la revolución hecha».

También la doctrina socialista comenzó con los riegos de un hombre en la conciencia de los demás, depurando de espinas que entorpecieron su crecimiento, limpieza cerebral de falsos apresuramientos, para decir un día al mundo: «Ved mi obra!; de roca viva hice una bella imagen.» Cincelado el bloque, serenamente, también surgió la flor roja que más tarde adornara el lecho final donde los restos del Maestro descansaran después de tan dura obra.

Llanuras castellanas, vegas de Levante, cálidos campos andaluces, Naturaleza bravia de sierras agrestes, llega el Primero de Mayo. No es una fecha, es un símbolo; cuando los hombres comienzan a adquirir la conciencia de sus actos, en el instante que los que empleando el esfuerzo de su músculo para fertilizar el suelo se incorporan a la Fiesta del Trabajo, el capitalismo está comenzando a morir.

¡Abajo las fronteras!, dirán los que estrechando sus manos de continente a continente respondan al grito de guerra con canciones de fraternidad. Los campesinos, fuerza oculta que vivía encerrada en el círculo estrecho de la tradición, se incorpora a la civilización con normas nuevas, con novísimos procedimientos: frente al terrateniente, la unión; frente a la religión de odios, la religión de amor; frente a un Estado cruel, una colectividad feliz. Y en este día, en el que los trabajadores de todo el mundo atraviesan las calles en manifestación pacífica, la masa campesina muestra su faz curtiada por el aire y el sol, y sus voces, que domarían bestias feroces, resuenan con bellos acordes a las notas hermosas del himno obrero, niños del Socialismo que aprendieron la canción de paz de La Internacional.

¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO!



LLEGA EL 1 DE MAYO Y LAS FLORES EMPIEZAN A MIRAR A LOS LABRIEGOS DESDE LO ALTO DE LOS FRUTALES. EL PUEBLO QUE TRABAJA, CELEBRA LO QUE AÚN NO TIENE: LA LIBERTAD, COMO LA TIERRA CELEBRA AHORA EL FRUTO VENIDERO

DESPERTAR LUMINOSO

En la marcha acelerada del proletariado hacia la emancipación integral, hay que registrar en todas partes la incorporación al movimiento reivindicador de una parte importantísima, y desde luego la más numerosa, de la clase trabajadora; esto es, de los obreros de la tierra.

Durante muchos años la organización obrera, lo mismo en España que en los demás países, no salió de los límites de los trabajadores ocupados en la industria; y aun así, ¡cuántos esfuerzos no han tenido que realizar y cuántas batallas no han tenido que reñir hasta llegar al estado actual, en que una copiosa legislación protege y ampara los naturales derechos a la vida que tiene el trabajador!

El obrero de la industria tenía a su favor, para buscar en la organización de clase el alivio a la situación precaria en que le colocaba la explotación burguesa, la ventaja de la convivencia en grandes núcleos urbanos y en talleres o fábricas, donde se agrupaban en gran número, y también la de poseer un grado algo más superior de instrucción que los obreros del campo; por lo menos el suficiente para reconocer la necesidad de la unión como fundamento del mejoramiento colectivo.

En tanto el obrero industrial iba conquistando, merced a su esfuerzo continuado, mejoras en su situación, el obrero agrícola permanecía alejado del movimiento reivindicador del proletariado por la dificultad de llevar a él la propaganda saludable de la organización.

En este sentido, nuestra Unión General de Trabajadores ha procurado siempre extender la propaganda a los campos, como igualmente el Partido Socialista. Son centenares, millares, las reuniones en que los hombres pertenecientes a ambos organismos han dirigido su voz, años y años, a los trabajadores de la tierra para inculcar en ellos la necesidad de la asociación como medio de mejorar su condición económica, para despertar en sus dormidos cerebros inquietudes nobles, para que se incorporaran de una vez al gran ejército proletario que pugna por romper las cadenas de la explotación y de la ignorancia.

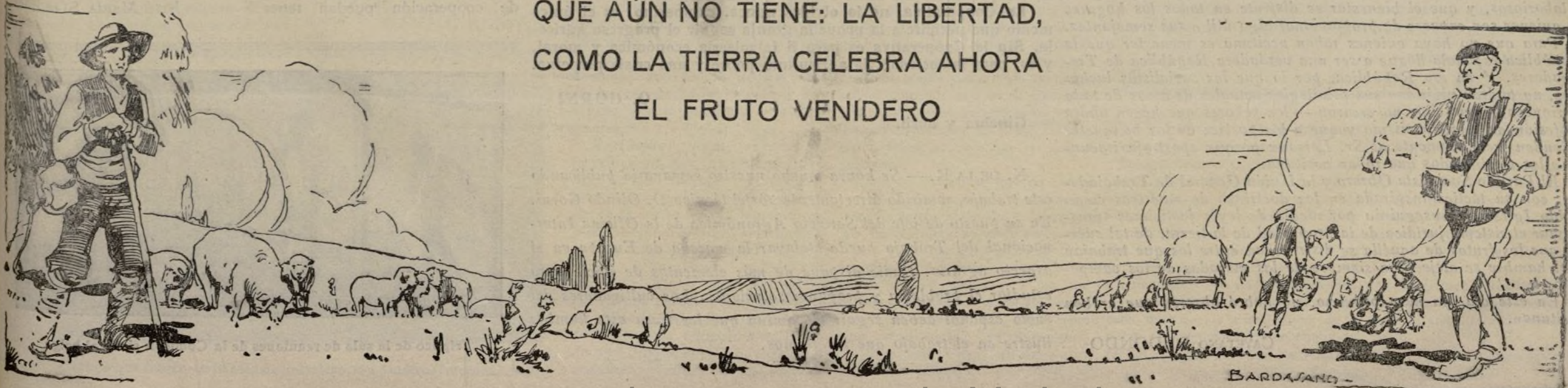
La siembra de ideales ha sido larga y costosa. Los propagandistas tenían que actuar sobre una tierra donde siglos de esclavitud material y espiritual habían depositado la dura costra de la indiferencia. Pero ésta, al fin, ha quedado rota y ya ha penetrado en los campos el aura purificadora de la organización, que ensancha el pecho de los camaradas campesinos, y los ha puesto al lado de los demás trabajadores que luchan en el campo económico y en el político.

A través de toda España existen hoy millares de organizaciones de obreros del campo, que forman una vasta Federación nacional, con más de trescientos mil afiliados, y que constituye uno de los núcleos más poderosos de la Unión General de Trabajadores.

La organización nacional de los obreros de la tierra ha dado ya muestras de su actividad en los Congresos de las Federaciones regionales recientemente celebrados.

Saludemos con la mayor efusión a los nuevos camaradas, que vienen a sumarse al gran ejército que ha de transformar la organización social presente.

A. ATIENZA



OBRA COMUN



—¿Qué haces, Juanín?

—Un camino.

—¿Un camino? ¡Bueno va!

Y ¿tú solo vas a hacerle?

—¡No me quieres ayudar!...

—Pero ¿ganas tú con eso?

—Tú y yo ganamos, Bastián,

y no tú y yo solamente.

La ejecución de esta vía

no se debe retardar,

porque acorta las distancias

y es de suma utilidad.

—¡Pero es obra de romanos

para tí solo!

—¡Animal!

¡Pues si tú arrimas el hombro,

primero se acabará!

¿PARA QUIÉN ES LA VERGÜENZA?

LOS QUE ROBAN ACEITUNA

No sé con qué intención, si buena o mala, se nos ha reprochado a los socialistas por el Sr. Lerroux que en nuestro Partido militan y hacia las filas de nuestras organizaciones obreras vienen «los que roban aceituna».

Quien lo dice es persona que como del partido republicano radical se regodea y ufana ante el aluvión de banqueros, magnates y grandes industriales que ingresan en aquel partido burgués, seguros de que ya no pueden esperar nada de la hundida monarquía borbónica y esperanzados, en cambio, de que en la fuerza política que acaudilla el Sr. Lerroux tienen la más sólida garantía para el tranquilo disfrute de sus rentas y para el desenvolvimiento próspero de sus negocios.

Que en nuestro campo militen y se agrupen en las filas de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero algunos de los que, empujados por el hambre, llegan a recoger aceituna para sustento propio y el de sus familias no es, ni aun dicho con la elocuencia característica del Sr. Lerroux, concepto que pueda agravarnos como trabajadores ni como socialistas.

«Los que roban aceituna», según la frase sentenciosa del señor Lerroux, son aquellos obreros del terruño, andaluces o extremeños, que sólo supieron en su vida trabajar ahincadamente, penosamente, y no han obtenido todavía de la tierra madre, que fecundaban con sangre y sudor — savia generosa de los proletarios —, ni lo más preciso para asegurarse una existencia que no esté ensombrecida por los crueles ataques del hambre.

«Los que roban aceituna» son esos hombres escudidos y sarmientosos que en las plazas de los pueblos pasean lentamente ofreciéndose en mercado humano para alquilar por un salario sus brazos de jornalero, y a quienes la mayor parte de los días se les ve regresar a sus hogares con el gesto de cansancio y pesimismo de quien, sintiéndose trabajador y honrado, no puede gozar de los bienes de la Naturaleza.

Los otros, los amos de las cosechas de aceituna, son aquellas honorables gentes que heredaron de sus antepasados toda la riqueza de España. De ellos — de los que ahora aplauden calurosamente al Sr. Lerroux y hace un año eran entusiastas servidores de la graciosa majestad de Alfonso XIII — son las inmensas tierras de labor que constituyen los latifundios de Andalucía y Extremadura; de ellos son también las acciones de los Bancos y de las grandes Empresas navieras, siderometalúrgicas, mineras e industriales de toda índole, y ellos son quienes cobran, como prestamistas del Estado, los cupones de los títulos de la Deuda pública, que constituye en todos los países la «lista civil de la burguesía».

Aquellos, «los que roban aceituna», son saños, groseros, incultos, apistan sus cuerpos a sudor, y de sus pulmones resaca por la anemia salen en los espantos millones de microbios de la tuberculosis.

Estos otros, los señores que aplauden a Lerroux y le proclaman su caudillo indiscutible, son los que tienen sobre la aceituna el «sagrado derecho de propiedad», y, además, son finos, elegantes, bien educados, graciosos hasta en sus vicios, y si delinquen — cosa rara en un rico —, no haya temor a que prueben sus delitos ni los purguen en la prisión; que para demostrar la inocencia paradisiaca de cualquier capitalista no faltan románticos y jóvenes abogados que derrochan sabiduría y elocuencia para desarmar el severo ceño de los administradores de justicia.

No queremos que haya nadie que robe aceituna — ¡ni nada! —; queremos, eso sí, que haya trabajo para todos los hombres dignos y laboriosos, y que el bienestar se disfrute en todos los hogares de quienes son capaces de proporcionar algo útil a sus semejantes.

Para que no haya quienes roben aceituna es menester que la República española llegue a ser una verdadera República de Trabajadores. Y en esa República, por la que los socialistas luchamos, no podrán vivir con sus privilegios actuales de amos de toda la riqueza — que ellos no crearon — los señores que hacen ahora profesión de republicanismo y que a los postres de los banquetes aplauden frenéticamente al Sr. Lerroux porque apostrofa iracundo a los desdichados que roban aceituna.

El Partido Socialista Obrero y la Unión General de Trabajadores, con su táctica inspirada en las doctrinas de maestros como Pablo Iglesias, conseguirán por medio de leyes justicieras transformar el sistema jurídico de la propiedad de la tierra, de tal suerte, que los frutos de aquella se distribuyan entre los que trabajan y el hambre se aleje para siempre de las moradas de los campesinos.

En este día, ya muy próximo, no habrá obreros que «roben aceituna».

CAYETANO REDONDO

¡CAMPEBINOS, ORGANIZAOS!

Con demasiada frecuencia se dice: «El progreso agrícola lleva a la constitución de grandes cortijos.» Lo que, en otros términos, significa: «La pequeña hacienda es un obstáculo al progreso agrícola, y debe desaparecer. El campesino que cultiva su pequeña granja es un adversario del progreso agrícola, porque tiene el sentimiento de que causará la quiebra de su pequeña empresa.» Nada es más falso que esto.

El progreso ocasiona algunas veces la concentración de pequeños cortijos en cortijos más grandes; pero no siempre. A menudo sucede lo contrario: el progreso agrícola, en lugar de provocar la concentración de pequeñas granjas en otras más grandes, provoca la fragmentación de las grandes granjas en medianas y pequeñas.

Existe progreso y progreso. Hay el progreso que se manifiesta por la introducción de grandes capitales en la agricultura, grandes máquinas, gran número de cabezas de ganado seleccionado, grandes sumas de dinero para una explotación industrializada de la tierra, para la transformación de productos, etc.

El empleo de estos capitales, aun en las cantidades más modestas, representaría una carga muy pesada para una granja pequeña, que sería aplastada y caería en ruinas. Concluyendo: los sistemas de cultura que necesitan un gran empleo de capitales determinan la presencia no digamos del grandísimo cortijo — porque los riesgos de la empresa le imponen límites de espacio —, pero sí de un cortijo de una extensión considerable.

Existe también el progreso de la agricultura que se manifiesta por un mayor empleo de trabajo manual en los sistemas de explotación. Las huertas, los verjeles, las viñas, los semilleros, etcétera, son otras tantas formas de explotación, donde el trabajo manual desempeña el papel más importante. Los capitales, máquinas, ganado, etc., desempeñan un papel totalmente secundario. Y cuanto más los métodos de cultura en estas explotaciones se perfeccionan, más el trabajo manual aumenta en importancia. Aquí vemos que hay, y puede decirse que lo habrá siempre, la pequeña granja cultivada por campesinos. ¿Por qué? Existe más de un cultivo que explica esto; pero hay uno que domina sobre los demás. Es que si estas culturas, que exigen tanto trabajo manual, se realizaran en una granja grande, el trabajo debería ser asalariado, y la cuantía de su remuneración, fijada de antemano, absorbería fácilmente el producto bruto, sin dejar nada para la remuneración de la tierra y de los capitales. Hace falta, por consiguiente, un sistema que asegure al trabajo una remuneración variable, según las variaciones inevitables de este producto bruto. Este sistema es el de la empresa familiar.

Fácilmente puede verse que los sistemas de cultura que exigen grandes proporciones de trabajo manual se acompañan siempre de la pequeña granja familiar. ¿No habéis visto nunca, por ejemplo, terrenos vagos, grandes extensiones incultas, transformarse por el trabajo del hombre en huertos, viñas, verjeles, etc.? Habéis podido observar entonces que estas grandes extensiones de terrenos vagos se dividen en pequeñas haciendas cultivadas cada una por la familia de su propietario, o del arrendatario, o del quintero.

En España, según lo que yo sé, en la mayoría de las regiones el progreso agrícola tiende más hacia la pequeña hacienda que hacia la grande. Allí donde la población agrícola aumenta en densidad y los medios de comunicación resultan más numerosos, más cómodos, más rápidos y más económicos, la naturaleza del clima y del suelo de vuestras regiones lleva al colono a adoptar nuevos sistemas de cultura, que llevan consigo un mayor empleo del trabajo manual, en lugar de un mayor empleo de capitales. De aquí la presencia de un número considerable de pequeñas haciendas familiares.

Pequeño cultivador — seas propietario, arrendatario o quintero —: No tienes por qué temer del progreso agrícola. No te echará de tu pequeño trozo de tierra que tanto amas. Es tu tierra, tu instrumento de trabajo; puedes y debes trabajarla cuidadosamente. Trabaja, pues, tranquilamente. La civilización futura, en su propio interés, respetará tu campiña.

Pero no debes encerrarte en tu hacienda, como un caracol en su cáscara. Tu pequeña granja es, para el conjunto de la industria, como una parte de tu cuerpo que no podría vivir aislada y que, indispensablemente, necesita colaborar con todas las demás partes para que la vida le sea posible. Sin tu corazón tu cuerpo no podría vivir; pero el corazón solo, desprendido de tu organismo, ¿podría funcionar?

En el caso de tu granja, cuanto más progresos hace la agricultura, más necesitas unirte a tus vecinos. Mientras el campesino cultivaba su tierra únicamente para conseguir los artículos estrictamente necesarios para atender las necesidades de su familia, la pequeña hacienda podía considerarse como un organismo viviendo aisladamente, autónomo. Pero esos tiempos han pasado y no vuelven más, afortunadamente. Ahora, oh trabajador del campo, tú cultivas tu tierra para vender una gran parte de sus productos, y sabes bien que cuando se vende hay que comprar, y que cuando hay que producir para el mercado hay que producir bien. ¿Qué puedes hacer solo, pobre campesino, cuando vas a comprar algo? El vendedor te engaña y te agobia. ¿Cómo puedes vender bien solo, enfrente de la poderosa organización de los vendedores? Esta, ya lo ves, te impone y te ofrece precios que no son convenientes, y si necesitas crédito, siendo solo como eres, ¿quién te prestará dinero si no es el usurero del pueblo, que se hace pagar caro su favor y espera el momento oportuno para quitarte tu pedazo de tierra? Pero esto no es todo. Si, por ejemplo, quieres vender vino, tiene que ser bueno. No tienes locales a propósito, ni las herramientas precisas, ni la experiencia necesaria para esto. Y entonces harás una mezcla que no podrá beberse, que no se venderá, o que tendrás que vender no importa a qué precio.

La moraleja de todo esto es: Que si tú, campesino, quieres conservar tu tierra, si quieres vivir en hombre que conoce la dignidad de la vida, si quieres tener conciencia de cumplir en la sociedad una función útil, debes asociarte con los campesinos como tú, para constituir Cooperativas, Cooperativas de compra, de crédito, de seguros, de venta, Cooperativas para la transformación de los productos del suelo (sótanos, lecherías, etc.).

La Cooperativa, no lo olvides nunca, campesino, es el único medio que permite a la pequeña granja seguir el progreso agrícola. Sin la Cooperativa es para ti la miseria económica y moral, y es, para la sociedad, la agricultura pobre y una crisis perpetua.

O. GORNI

Ginebra y abril.

N. DE LA R. — Se honra mucho nuestro semanario publicando este trabajo, remitido directamente por el técnico D. Olindo Gorni. En su puesto de jefe del Servicio Agronómico de la Oficina Internacional del Trabajo puede atalayar la marcha de Europa en el aspecto agrario. Nadie dispone de más elementos de juicio para estudiar el problema y proponer soluciones. Los cultivadores del suelo español deben seguir el camino que les traza este hombre ilustre en el trabajo que insertamos.

NUESTRA RESPONSABILIDAD

Por segunda vez celebra su fiesta la clase trabajadora española ya convertida en fiesta oficial, como corresponde a una República de trabajadores. Esto significa que, desaparecido el obstáculo tradicional de la monarquía absoluta, que se oponía sistemáticamente a cuanto significaba avance social, los trabajadores han de encontrar más desembarazado y expedito el camino que ha de llevarlos al logro de sus reivindicaciones.

Moviéndose en un medio democrático, la clase obrera campesina podrá más fácilmente conquistar y convertir en realidades todas sus aspiraciones de una vida mejor, más digna, más humana. Hasta hoy, el trabajador del campo ha vivido carente de derechos, esclavizado por el «amo» y por el cacique, que fundamentaban su poderío sobre la ignorancia y la miseria de la masa campesina, alentados por los detentadores del Poder, que a su vez tenían montado el tinglado político a base del caciquismo rural.

Urge desarraigar a la reacción del último baluarte del caciquismo aldeano, si queremos que tenga realidad la legislación agraria de la República, a todas horas incumplida o tergiversada por los que no se resignan a perder su hegemonía. Y el instrumento de lucha más eficaz es, sin duda, la organización disciplinada y consciente de los trabajadores.

Afortunadamente, el obrero del campo español se enrola, por fin, con paso decidido y con verdadero entusiasmo en las organizaciones sindicales, reunidas en la Federación nacional: poderoso organismo, lleno de vitalidad, que a la hora presente cuenta con cerca de medio millón de cotizantes.

Es preciso que en el día de nuestra fiesta nos propongamos cada uno firmemente arriar en nuestra campaña de proselitismo para atraer al hogar social a todos los compañeros que aún no están con nosotros. Pero es necesario, además, que procuremos cada día capacitarnos para mejor poder cumplir la misión que a la clase obrera ha de corresponder en un futuro próximo.

Cuando vean la luz estas líneas habrá comenzado a discutirse en el Parlamento la ponencia del Gobierno sobre Reforma agraria. Sabido es de todos que una agricultura de secano de tipo individualista, en que cada agricultor cultive un pequeño lote, por fuerza ha de ser precaria e inadecuada para competir con una agricultura industrializada, que cada día más, por exigencias de índole económica, ha de extenderse a todo el mundo. Se ha de hacer preciso, pues, en fecha no lejana, encontrar sustituto adecuado a las Empresas capitalistas, que son las que ahora pueden acometer esa industrialización, para garantizar al propio tiempo que la producción económica la justa distribución de los beneficios, que no puede darse en la Empresa de tipo capitalista.

Hemos de llevar a la producción agraria del secano la cooperación y el colectivismo, que han de posibilitar económicamente, junto con la agricultura plenamente socializada, la transformación social agraria que con la Reforma se persigue, para lograr plenamente todos nuestros objetivos.

A nadie se ocultan la preparación, la competencia y el espíritu de generosidad que se precisaban en la clase beneficiaria de la reforma para que el colectivismo y aun las distintas formas de cooperación puedan tener

éxito. El campesino ha vivido en un ambiente miserable, donde todos los egoísmos tienen su nacimiento; aislado en el ejercicio cotidiano de su profesión de sus demás compañeros, privado de cultura y esclavizado por todas las tiranías, y no es su medio el más adecuado para que germinen en su espíritu los sentimientos altruistas. Imponerle el colectivismo sería hacerle fracasar. Antes se hará preciso ganar su voluntad, y para ello ninguna mejor escuela que el Sindicato profesional, donde el obrero se mueve en un ambiente de solidaridad con sus compañeros, y de disciplina. Allí el hombre adquiere y refuerza su conciencia de clase y el sentimiento de solidaridad con sus hermanos de explotación, al cual llega a sacrificar en ocasiones su propia conveniencia particular. Y en la práctica cotidiana de la disciplina sindical es donde habrá de moldearse y adecuarse su espíritu. Urge, pues, intensificar nuestra labor de proselitismo, de robustecimiento de la disciplina sindical, porque sólo así, con esta obra educadora, será posible el advenimiento del régimen de justicia social con que nosotros soñamos para la clase trabajadora campesina.

La Revolución francesa pudo arraigar y fué posible porque la nobleza, a la sazón envilecida en la adulación cortesana, había perdido la superioridad espiritual que debía corresponder a las clases directoras. La burguesía, mejor preparada, dueña de la economía, recogió el Poder, que por derecho propio le correspondía, y, naturalmente, lo empleó en fortalecerse como clase y en adecuar el derecho a su propia conveniencia. Y todo esto pudo ser porque la burguesía había alcanzado la capacidad necesaria para asumir el Poder y para organizar la economía, en la cual ya nada significaba la nobleza.

Hoy, más todavía, porque no se trata de una revolución política, sino de algo más hondo, de una revolución social, que ha de reorganizar la economía sobre bases distintas, para posibilitar y extender a todos los hombres aquellos hermosos conceptos — libertad, igualdad y fraternidad — que sirvieron de bandera a la Revolución francesa, se hace preciso que la clase trabajadora se capacite y tenga preparados los órganos económicos que han de sustituir a la empresa capitalista, pues el capitalismo, impotente ya para resolver los múltiples y complejos problemas económicos que tiene planteados en todo el mundo, cumplida su misión histórica, no espera, para ser superado, sino que el Socialismo tenga preparadas sus falanges obreras para asumir el papel que les está reservado en la organización socialista. Nuestra revolución no se gana en un día, sino cada día, sembrando la buena semilla en la conciencia de los hombres.

En el día de nuestra fiesta, cuando tantas banderas rojas se rán besadas en todo el mundo por el tibio sol primaveral, nuestro ánimo debe sentirse reconfortado al considerar la fuerza creciente del proletariado mundial y las conquistas hechas en el orden de nuestras reivindicaciones. Ello debe servirnos de acicate para reanudar la lucha con más bríos; pero sin olvidar que los derechos conquistados son medios que se nos deben para que podamos cumplir con nuestros deberes, es decir, con nuestros fines, que en el orden moral, por consiguiente, de jerarquía más elevada.

JOSÉ MARÍA SOLER



Tríptico de la sala de reuniones de la Comisión sindical belga

OPTIMISMO FUNDADO

No hace aún muchos días el amplio salón de la Casa del Pueblo madrileña velase colmado de camaradas venidos de las provincias de Castilla la Nueva. Sus rostros, en su inmensa mayoría, denotaban ansiedad. Para ellos se verificaba algo desconocido. En su aislamiento local no habían comprendido, hasta ahora, que los grandes problemas de orden nacional pudiesen ser abordados por sí mismos. Creían que eso, era competencia de otros seres superiores que se «sacrificaban» por el bien de todos. Seres que sólo aparecían en los pueblos en vísperas electorales.

Castilla la Nueva ha sido de las regiones donde el más odioso caciquismo ha imperado. De ahí, sin duda, que el resurgimiento haya sido más potente. Pero también más peligroso. Porque muchos años de esclavitud engendraron un sentimiento de odio nada compatible con nuestras ideas.

La clase trabajadora del agro castellano ya ha entrado en contacto. Ya ha aprendido a considerar que los límites estrechos de un pueblo no pueden ser el muro que le permita a los trabajadores unirse como hermanos de explotación. El concepto de la patria chica, del lugar que le vio a uno nacer y tantos otros tópicos empleados por quienes tienen interés en mantener en un constante equivoco a los trabajadores para que no comprendan que su fuerza radica en su unión, tienen que desaparecer. La clase obrera debe pensar que todos cuantos vivimos de nuestro propio esfuerzo formamos una gran familia. Gran familia que tiene un interés común: el de vivir mejor. Y que contra este deseo, legítimo, se alza el interés del capitalista, que en uno o varios pueblos posee fincas donde explotar a los trabajadores. Que si le rinden beneficio lo mismo le da que sean de un pueblo que de otro.

MARTIANO ROJO

LA TRANSFORMACION DEL CAMPO

Si, comparando el proceso de la industria al lento caminar o casi estancamiento de nuestra agricultura, queremos encontrar una explicación a este hecho, pronto veríamos que una de las causas fundamentales es la falta de capitales que afluyan al campo. Y más que la afluencia del dinero es, quizá, la continua y secular emigración de las rentas y beneficios de la tierra hacia las capitales, donde algunas veces cumplirán una misión útil; pero otras, muchísimas, se desvanecerán este dinero en lujos y caprichos de las clases aristocráticas y medio de subsistencia de las clases media y burguesa. Y al llegar aquí pensemos en cualquier caso concreto: una región, una finca determinada que no estuviese sometida a esta emigración del dinero, sino que todos los años sufriese una mejora en la medida de lo que valen sus cosechas y productos anuales, y fácilmente veríamos que habrían de cambiar forzadamente las condiciones en que viven los que tienen unida su existencia a los destinos del suelo. Si esto se realizase veríamos, en el plazo de unos años, desaparecer la incultura y ese régimen de escasez a que hoy están sometidas las clases obreras campesinas. Algo se podría haber intentado en este sentido hace ya muchísimo tiempo, pues es de una elemental comprensión que no se puede durante años y años dejar sumidas tierras extensas en esas condiciones de pobreza, llevándose la riqueza que el suelo da, cuando se podrían haber creado allí mismo nuevas fuentes de riqueza, mejorando y aumentando el rendimiento de la tierra.

Pero los tiempos han cambiado mucho; ese dinero que marchó a las ciudades, al mismo tiempo que ayudaba a edificar la civilización, creaba las armas que hoy resquebrajan la sociedad y anuncian los albores de una nueva. Esas armas, que se han vuel-

Una cosa conviene destacar, sin embargo, por haber sido expuesta por muchos delegados. La de que cuando se habla de nuestros enemigos se les llama monárquicos. No hay que dejarse llevar por esa creencia, que puede hacer pensar que los republicanos son siempre nuestros amigos. La división política apenas tiene importancia. Lo fundamental es que el capitalismo y el caciquismo no eran privilegio sólo de la monarquía. Pueden serlo también, lo son en algunos sitios, de los republicanos. Para nosotros, trabajadores, el enemigo es la burguesía. Con monarquía o con República. Porque, a no dudarlo, serán los más fervientes defensores de la República si ésta les garantiza sus principios de clase.

Los trabajadores del campo castellano — su entusiasmo lo demuestra — han comenzado a pensar que tienen que dedicar su esfuerzo no sólo a trabajar la tierra, sino su propio cerebro, dejando paso franco a las nuevas ideas de libertad y de solidaridad. Que lo que ahora ha sido una idea se convierta pronto en realidad. Si ello es así, si a la fuerza del número se une la que da un convencimiento honradamente sentido, no habrá quien pueda oponerse a nuestro avance. Y como a través de la nave un poco incierta de la discusión se han podido ver buenos timoneros y marineros entusiastas, la arribada a puerto franco es segura. Seamos todos hombres conscientes, comprendamos que somos perseguidos porque no tenemos aún una fuerza disciplina moralmente, y hagamos firme propósito de poner cuanto valgamos al servicio de la organización. Como esto lo hemos podido ver en muchos delegados a este Congreso, de ahí que nazca en nosotros el optimismo para un porvenir quizá no muy lejano.

EL PRINCIPIO DEL FIN PARA LOS OBREROS DEL CAMPO

El Socialismo ensancha incesantemente su esfera de acción.

El desarrollo industrial, congregando en fábricas, talleres y minas grandes masas de obreros, facilitó la difusión del ideal redentor entre los asalariados de estas ramas de la producción.

Como consecuencia, la propaganda societaria y socialista se hizo cada vez más extensa y activa, llevando los anhelos de reivindicación social a los más oscuros y apartados lugares, conquistando adeptos en todas partes y logrando la simpatía, cuando no la adhesión decidida, de un número de hombres no consagrados al trabajo manual.

Por esto y porque en la esfera de la especulación filosófica la conciencia general considera caducado y próximo a extinguirse el régimen capitalista o burgués, remora en la actualidad de todo progreso verdadero, surgen por doquiera dilettanti socialistas que, a la manera que ocurrió a la aparición de Wagner en el cielo del Arte, no tardarán en convertirse en devotos fervientes de la nueva doctrina, como hoy lo son del genio musical de Bayreuth los que en un principio lo aclamaron sugestionados por la moda o la novelaría.

Porque el hecho es evidente; el Socialismo lo invade hoy todo: el libro, el Parlamento, el periódico, el teatro, la cátedra, el Ateneo, hasta el Gobierno. Seré este un Socialismo atenuado, caótico, propio de una nación tan rezagada como la española en el movimiento intelectual del mundo; pero Socialismo al fin, que al depurarse en la realidad de los hechos económicos, clave de la vida de los pueblos modernos, cristalizará en la teoría cien-

cidos por la brega con los elementos naturales, serán soldados invencibles del ejército proletario, ganosos de colocarse a la vanguardia en las batallas del porvenir.

Bienvenidos sedís, esclavos del terruño, a la vida activa de la preparación de la nueva sociedad; ya es hora de que dejéis de ser materia pasiva para la triple explotación económica, política y religiosa: la del patrono, la del cacique y la del cura.

Organizados para la resistencia, haréis desaparecer el sarcasmo de que los que producís las materias alimenticias percibáis salarios infamantes que sólo os permitan por todo manjar un insípido gaspacho o un pedazo de pan tan negro y duro como el corazón de vuestros explotadores, y por albergues para vuestras familias inmundas zahurdas, en promiscuidad con los animales de labor.

Organizados para la lucha política, podréis alcanzar lo que hoy os está negado casi en absoluto: el alimento intelectual, reclamando la creación de escuelas y bibliotecas rurales tan numerosas como necesita vuestra ignorancia, y exigiendo la disminución de la bestial jornada de trabajo que hoy realizáis, para dedicar algunas horas a la instrucción.

De esta manera, y a medida que os capacitéis en la lucha política, iréis destruyendo el caciquismo embrutecedor y tiránico, verdadera vergüenza de este país, sustentáculo de una representación parlamentaria amañada y prostituida, y escarnio del sufragio universal.

Y de la misma manera que del cacique, dejaréis de ser juguete del cura, ese zángano espiritual que a cambio de vuestra manse- dumbre en esta vida os promete fantástica dicha celestial.

Todas estas ventajas, tanto más inmediatas cuanto mayores sean vuestra actividad y vuestro esfuerzo para conquistarlas, irán seguidas de otra no menos importante: el ejército, esto es, la fuerza, la única razón del Derecho burgués, se nutre casi exclusivamente de los obreros del campo; alistados vosotros en las falanges del Socialismo, esto es, penetrados de la tremenda injusticia social que hace pesar sobre vuestros hombros la servidumbre militar para la defensa de los intereses de los que la eluden por un puñado de pesetas, no tardará en ser un hecho la implantación del servicio obligatorio; porque, abiertos vuestros ojos a la luz de la verdad, dejaréis de ser garantía inconsciente de los privilegios de clase, tornándoos en peligro amenazador de esos mismos privilegios.

Y, de todos modos, como vosotros sois el mayor número, con el fusil en la mano y con la idea redentora en el cerebro, el conflicto entre capitalistas y obreros, de la fuerza contra la razón, entra en su última etapa.

Llegamos, pues, al principio del fin del régimen burgués.

M. GOMEZ LATORRE

Para los trabajadores de la tierra

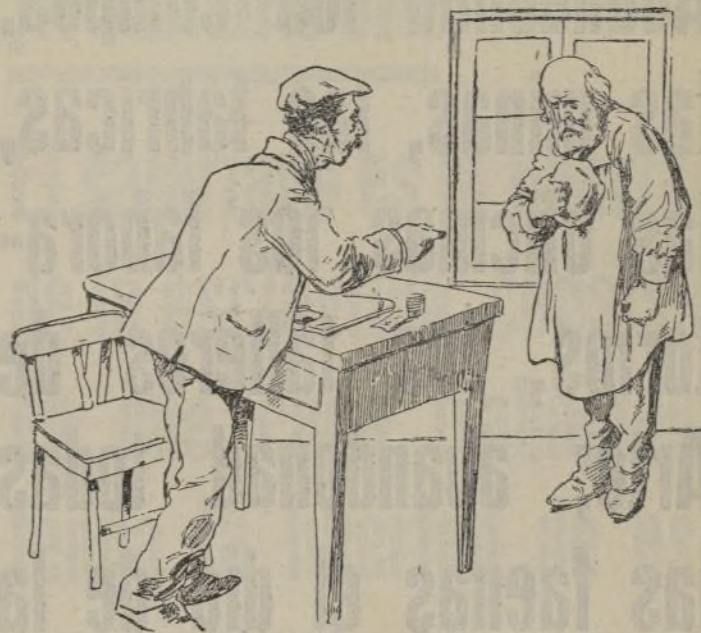
Es lamentable, pero es preciso decirlo: algunos compañeros afiliados a nuestras filas proceden sin guiarse de nuestros ideales.

Para estos compañeros, mucho más queridos cuanto mayor sea el desconocimiento, he de indicarles que el alardeo que se hace por las calles, dando muestras de ideas revolucionarias — por la juventud, no por otra cosa —, no es el hecho de violencia en los actos, sino todo lo contrario, pues la mayor parte de las revoluciones han tenido como base la preparación cultural, que es la que pondrá a las clases trabajadoras, en su día, en condiciones de poder llevar a efecto obras mayores que las que se realizan.

Nada de disturbios, que no conducen a ningún fin práctico; solamente traen la interrupción de la labor que con tanto trabajo se viene realizando.

Por todos los obreros de la tierra es conocido el sacrificio que viene llevando la clase trabajadora. Es cierto que atravesamos una crisis de trabajo muy grande. Esta crisis repercute indudablemente en el comercio, y los patronos la esgrimen como arma de defensa contra los trabajadores de

EL DESPIDO



El jornal de la semana fué a cobrar el pobre viejo, y su patrono, al pagarle, le dijo con duro acento: —No vuelvas más al trabajo; ya no sirves en tu puesto, porque en tu naturaleza hizo su labor el tiempo. Quedó el anciano sumido en profundo desconsuelo; dos lágrimas silenciosas a los ojos le salieron, y así habló, alzando la frente sobre su encorvado cuerpo: —Muchos años, nueve lustros, he trabajado en tu medro; y hoy, que no sacas ventaja del producto de mi esfuerzo, con tranquilidad pasmosa me dices: «Ya no te quiero...», ¡y me arrojas a la calle como un pinglo de desecho!

DEBEMOS SER OPTIMISTAS

LA FUNESTA OBRA DE LA MONARQUÍA

Conviene que todos los compañeros de la agricultura reflexionen sobre la ruina económica que hemos heredado de la monarquía. Desde el año 1909 se han gastado en Marruecos, aproximadamente, 9.000 millones de pesetas; esta enorme cantidad es el doble de todo el presupuesto nacional para el año 1932. Fácil es comprender que si esos 9.000 millones de pesetas se hubiesen gastado en España para resolver la cuestión agraria, el bienestar se habría difundido de una manera extraordinaria entre las familias campesinas. Esos 9.000 millones de pesetas se han gastado en una obra de destrucción. Además, Marruecos nos ha costado la vida de muchos millares de españoles.

Deben saber también los obreros agricultores que la zona de Marruecos no pertenece a España, sino que España solamente ejerce el protectorado, pues aquel territorio es de la soberanía del sultán, quien la ejerce por medio del jefila. La zona de nuestro protectorado tiene la extensión superficial de 23.000 kilómetros cuadrados; de modo que en una zona tan pequeña y no nuestra hemos gastado 9.000 millones de pesetas. Para que se comprenda más fácilmente esa enormidad, hemos de decir que la provincia de Badajoz tiene la extensión superficial de 22.000 kilómetros cuadrados. De lo cual se deduce que la provincia de Badajoz es casi tan extensa como la zona de Marruecos. En la provincia de Badajoz, gastando 77 millones de pesetas, podrían construirse once pantanos y los correspondientes canales principales para regar 306.000 hectáreas de tierra fértil, con lo cual la superproducción anual sería de 96 millones de pesetas. Con estos datos tan sencillos pueden comprender los compañeros de la agricultura la funesta obra de la monarquía.

Además, hemos de advertir que el presupuesto para el año 1932 es de 4.500 millones de pesetas, aproximadamente. Este es el presupuesto español para 1932. Pues bien: la mitad, aproximadamente, del presupuesto español para 1932 ha de ser dedicada a pagar deudas. Con este dato, tan elocuente, comprenderán también los compañeros agricultores la herencia triste que nos ha dejado la monarquía.

Sin embargo, nosotros debemos ser optimistas. Poco a poco iremos solucionando los problemas económicos. España tiene riquezas naturales inmensas que todavía no se han puesto en explotación. Estas fuentes multiplicarán la riqueza nacional de una manera extraordinaria. Al mismo tiempo haremos todo lo que las circunstancias permitan en beneficio de los trabajadores del campo. Tengamos fe en el porvenir; pero procedamos con serenidad consiguiendo en cada momento lo que permitan las circunstancias. No nos dejemos llevar nunca de movimientos impulsivos, aunque estén inspirados en sentimientos nobles y en aspiraciones legítimas. El éxito de nuestra empresa depende del acierto, de la reflexión y de la constancia de nuestra actuación sindical y política. Cumplamos todos con nuestro deber.

ANTONIO ROMA RUBIES



Tríptico que figura en la sala de la Federación Sindical Internacional.

ARTURO DAVILA

Vicálvaro.

Ayuntamiento de Madrid

LA REFORMA AGRARIA

Imposible en estos momentos escribir algo para los obreros de la tierra sin tocar de lleno, o más ligeramente hacer referencia, a la tan cacareada reforma agraria, única esperanza hoy, si no de redención total de esta clase, por lo menos de mejora relativa e inmediata a su desesperada situación presente.

Se publicó hace pocos días el último proyecto elaborado por el actual Gobierno y, según todas las probabilidades, se llevará en seguida a las Constituyentes para procurar su rápida aprobación y poner en práctica urgentemente sus preceptos innovatorios. Y abona esta creencia la seguridad que se tiene de que el Gobierno de la República está suficientemente percalado de que esta medida se impone para salvar el régimen, la economía y a España, seguramente. La impresión que el Gobierno tiene de la situación de los campesinos españoles la reflejan las declaraciones hechas por el ministro de Agricultura hace pocos días a los periodistas, que decía:

«Si la reforma agraria no se hace en el plazo de dos meses, se encargarán de hacerla los mismos campesinos.»

Sabe el Sr. Domingo, al hacer esas aseveraciones, que no se equivoca, por cuanto la realidad lo está probando diariamente. Pues raro es el día que en algún pueblo de España no se dan casos en que los campesinos hacen intentos — y hasta en algunos casos los llegan a realizar — de procurarse tierras para labrar. Ello es lógico. La tragedia campesina, principalmente en Extremadura y Andalucía, es espantosa.

Al gran número de obreros ya sobrantes de otros años han venido a sumarse los licenciados este año del trabajo, debido a la enorme restricción en las operaciones agrícolas: parte por el gran confusiónismo que ha creado la indecisión del Gobierno en acometer este trascendental problema, y parte por la oposición intencionada y tozuda de los terratenientes al nuevo régimen.

No voy yo a discutir, ni aun siquiera a comentar, los términos menos revolucionarios o más conservadores en que está el proyecto orientado por el Gobierno. Desde luego, como socialista no me satisface, ni como fin ni como medio; si bien, en atención a las circunstancias tan trágicamente españolas en que se encuentra en Extremadura la clase obrera campesina, lo acepto por hoy como mal menor.

Dos cosas importantísimas nos han de interesar de ese proyecto a las clases campesinas organizadas:

Primera. Que su presentación a las Cortes, discusión y promulgación sea definitiva y rápida, pues, de lo contrario, una catástrofe se cierne sobre España. Lo sabe el Gobierno, lo sabe el ministro de Agricultura: «Si se tarda dos meses en hacer la reforma agraria, la harán los campesinos.» Ya la hubiesen hecho si no fuese por los fusiles de la guardia civil — diremos nosotros y con nosotros todos los campesinos de España —. De todo esto deben tomar buena nota nuestros compañeros del grupo parlamentario socialista.

Segunda. Que una vez promulgada esta ley se tenga gran cuidado a quién se le encomienda su cumplimiento, pues no hay que dudar que de ello depende su eficacia. Ha de tenerse muy presente que la burocracia es toda, salvo raras excepciones, hechura monárquica y, por consiguiente, contraria al régimen presente y muy enemigos de las reivindicaciones de las clases trabajadoras, y por ello ponen y han de poner toda clase de dificultades, retrasando la resolución de los asuntos o resolviéndolos en perjuicio de la clase trabajadora, por ser esta clase la que más se distinguió para el advenimiento de la República. La ayuda que puedan prestar los servicios agroforestales de las provincias es sumamente perjudicial, por ser los jefes de dichos servicios, en su mayoría, de gran significación ucaerñicolan; grandes propietarios de fincas rústicas, o emparentados con terratenientes, casi todos los ingenieros, todos los cuales, tan pronto se promulgue la ley y se trate de desarrollar el vasto programa que la misma exige, ya se pondrán de acuerdo para falsear la aplicación de sus preceptos en cuanto sea necesario utilizar sus servicios como técnicos, y lo poco que se haga, con resultado negativo en cuanto puedan.

Las organizaciones de obreros campesinos han de estar muy aperebidas del cometido que les compete en el amplio horizonte que se abre en las luchas del campesino por la tierra con esta nueva faceta que adquiere este problema en nuestro país.

MANUEL MARQUEZ SANTOS,
delegado regional de Extremadura.

DEL AMBIENTE CAMPESINO

Nada más triste que la vida del campesino español. Difícil es hallar en el mundo civilizado punto de comparación con el estado social en que viven los esclavos del terruño patrio, consecuencia lógica del abandono en que los tuvo sumidos el régimen derrocado en abril del año treinta y uno. De ahí que gran parte de los trabajadores del campo, agotados sus fuerzas por el rudo trabajo que realizan e insuficiencia de nutrición, huyan hacia la ciudad fascinados por la vida y trato más humanizado que allí se les brindan, dejando abandonado, unas veces, el pedazo de tierra que allí en la aldea cultivaban; otras, y éstas son las más, al patrono, que como ellos en muchos casos es otro esclavo que deja sudor y sangre ligados a los haces de mies...

Y ya en la ciudad, en los centros industriales, el calvario de esta víctima del sistema capitalista sigue el camino de la pasión; camino que, como estigma, les trazó un régimen de desigualdad social al privarlos de beber en el bello manantial de la cultura.

Y es que la mayoría de las veces el enemigo del labriego no está en el campo, está en la ciudad; no es, en el fondo, el arrendatario, es el terrateniente; no es el alcalde ni el juez, es el gobernante. Fueron los que poseían feudos en el pueblo, en las provincias y un escano en el Parlamento o en el banco azul. Fueron los que dirigieron los destinos de España siglo tras siglo e impidieron que la cultura llegase a los campos; para así,

reinando la obscuridad en los cerebros de millones de campesinos, secas las fuentes del saber, ciegos los ojos de la inteligencia, poder seguir con las riendas del Poder en las manos explotando y hostigando a los desheredados de toda fortuna, llámense labriegos o llámense obreros de la industria.

Cuántos campesinos, lanzados por la miseria a las poblaciones, regresan a la aldea depauperados, más hambrientos de lo que se han ido; con el corazón hecho pedazos al ver hundidos en el abismo sus ensueños, desaparecidos para siempre todas sus ilusiones, que son vida, alegría, esperanzas de redención...

Esta emigración constante de braceros a los pueblos industriales trae como consecuencia la acumulación de energías productoras, siempre dispuestas a la competencia entre sí, de la cual sólo se aprovecha y sale beneficiada la burguesía, detentadora de los útiles de producción y de cambio.

Por esto y mucho más, es de sumo interés llevar a los pueblos más remotos luces de cultura, medios educativos y de recreo que hagan más humana y agradable la vida de los campesinos; hoy, hasta hoy, olvidados por los gobernantes y explotados inicua mente por los dueños de las tierras.

«La educación política y moral de los campesinos — escribió un gran pensador socialista — tiene gran importancia. Para lograrla es preciso ampararlos y conocerlos bien.»

Amémoslos para conocerlos. Eduquémoslos para emanciparlos.

LAURINA

¡ALAS! ¡ALAS!

Es hora de remontar el vuelo. Clavado en la tierra, a ella amarrado, el campesino se inclina para acariciarla y hunde sus manos adentrándolas en el terruño, que las devora con insaciable avidez. El campesino no sabe volar. Fijos sus ojos en el sabroso martirio del campo, a él se entrega, y parece empujarlo más hacia la tierra el agobio trágico de su pesadumbre, gravitando sobre él como una maldición.

Pero en este Primero de Mayo las alas campesinas parecen forjarse como una tentadora esperanza; ya se funde este poderoso impulso con el cual podrá elevarse el campesino para mirar hacia arriba en algo más que la imprecación a un sol de calentura, que seca los campos. Alas débiles y raquíticas las de esta reforma agraria, pero que pueden iniciar la soñada aventura de que se agigante sobre la tierra esta amargada silueta del campesino, escorzo siniestro que se proyectaba sobre los campos con la angustia poderosa de la desolación.

Alas tibias las de la reforma agraria; alas más fuertes las de la política hidráulica emprendida; inquietud exaltada de este momento que estremece a las doloridas falanges campesinas, que las llena de la codiciada apetencia de la tierra, por la que suspiran desde siglos, ansiosos de surcarla con algo más que el tormento del sudor: con las alas brillantes de la emancipación.

CRUZ SALIDO

PAZ ENTRE LOS HUMANOS!

«¿Adónde van?», preguntaban los viejos doctores de un fracasado sistema. «¿Qué pretende el pueblo?», decían los que a través de los cristales contemplaban el paso de la manifestación proletaria. El suave marchar de los obreros era la justificación de que las impaciencias no devoraban su espíritu. La fe en el porvenir era tema obligado en las doctrinas del Socialismo y hacia él caminaban con la esperanza puesta en el futuro, libre de cadenas, exento de inquietudes. Pedían cumplimiento de la ley. En cantos de paz significaban el respeto a la Humanidad, condensando sus aspiraciones en unas letras que significaban paz entre hermanos, cumplimiento rápido de la legislación social que se establecía en todos los países donde la organización era un freno puesto a las ansias del capitalismo.

Cuando la identificación espiritual de la masa obrera la condensaban en el grito contra la guerra, la burguesía estremecía; el arma postrera pretendían quitársela. Cuando aquellas enormes masas de trabajadores en el mundo llegaron a identificarse; en el momento en que las manos que empuñaban la herramienta del trabajo se reunían para pulverizar el material de guerra, el capitalismo sería vencido. La feroz contienda de los nacionalismos sería suprimida, porque las marchas triunfales del amor, las músicas del Socialismo, hablarían de fraternidad después de muchos siglos de servidumbre, después de feroces contiendas entre hombres que no defendían intereses de clase, sino privilegios de la burguesía, que provocara movimientos para desembarazarse de los problemas que el avance social les planteaba.

La jornada del Primero de Mayo celebra una conquista y un sacrificio. La génesis de aquella culmina en las víctimas de Chicago; pero más tarde, la Internacional de los trabajadores cree llegado el momento de terminar con las guerras capitalistas, y a la par que las mejoras de orden inmediato que cada país estima preciso formular aparece el grito del proletariado: «¡No más guerras! ¡Abajo los ejércitos del imperialismo!»

Las víctimas de ayer piden justicia; no puede la clase trabajadora ser la carne propicia para el logro de las ambiciones del capitalismo universal; si, olvidando los deberes de humanidad, se azuzan los odios de los países; si un simple problema de razas que encierra en sí ansias de dominio puede, en un momento dado, desencadenar una cruenta lucha entre trabajadores, las aspiraciones condensadas en la manifestación del Primero de Mayo contra la guerra serán realidades porque los hombres no pueden ser esclavos de la Banca, los niños no tienen que ser condenados a comenzar a sufrir los horrores de la guerra en la época que comienzan a vivir, ni los ancianos han de ser juguetes de la barbarie de una clase que, amparada por los Gobiernos, pretenden eliminar por la fuerza de las armas millares de obreros, apartándolos momentáneamente de la lucha sindical para envolverlos en la lucha guerrera.

Esas manifestaciones que se celebran en el mundo tienen que obligar a los Gobiernos de la burguesía a que sea sometida su actuación al control de una fuerza existente. La clase trabajadora cree que ha llegado el momento de lograr que la farsa termine, que sea un hecho la abolición de los armamentos, que la tierra sea nacionalizada, que impere la justicia allí donde reinó la tiranía, que la burguesía, sometida a las leyes de la Humanidad, forme parte de los productores de riqueza en beneficio de la colectividad, no en provecho exclusivo de una casta; el Socialismo avanza con paso firme, pero con cautela, porque aún cuenta el enemigo con reservas poderosas. ¿Por qué no romper el muro de contención, invadiendo las posiciones del capitalismo? ¿Por qué no proclamar el imperio de la fraternidad? Aún existen enormes masas de trabajadores que no quieren comprender que por encima de los intereses particulares están los generales de la Humanidad entera. Las manifestaciones se suceden, los hombres pasan; caen agotados por el esfuerzo camaradas que dieron su vida en holocausto de la Humanidad. ¿Aún existe la guerra! ¿Todavía abundan los esclavos! ¿Como si la raza humana no sufriera las consecuencias de la política imperialista y de la ambición de los que regentan el extenso campo de la Banca! ¿Como si los padres no quisieran a los hijos y las mujeres criaran sus retoños para decirle al capitalismo: «¡Toma carne de cañón para la defensa de tus intereses, sacríficlos, vierte su sangre, sálvalos, aunque mi corazón se desgare, aunque la locura invada mi cerebro! Y el hurón pagado por el tirano se lleva lo que los hogares proletarios criaron para conservar su privilegio, para impedir que nuevas conquistas sean arrebatadas por la clase trabajadora.»

Canten los niños las bellas canciones de paz; que la conciencia del adolescente sea encauzada por las sendas del amor a sus semejantes. El Primero de Mayo no puede ser sólo una fiesta; debe condensarse en ella un punto de partida para un camino largo; labor de reflexión en los adultos, de educación infantil, de enseñanza en la mujer. El capitalismo no tiene fronteras, ni entiende de patrias. Se sacrifican vidas en un país con

EL OBRERO DE LA TIERRA

elementos de combate fabricados en el mismo. El proletariado universal tiene que armarse no con los elementos de destrucción, sino con elementos de cultura, pues el libro es de todos cuando habla de paz por encima de las barreras fronterizas. Las voces de los hombres que lucharon por el mejoramiento de la Humanidad tienen que sentirse fuertemente no como amenaza platónica, sino como viva realidad de un mundo nuevo que, libre de cadenas, exige una vida mejor a los que atropellaron sus derechos constantemente, ofreciéndoles la paz que ellos negaron, llegando hasta la fortaleza del capitalismo para decirle que la clase trabajadora no vivió cultivando el odio, sino amasando la fraternidad, obligando a que todos los hombres declaren la cantidad social del trabajo como finalidad de la raza humana.

Es necesario que la masa trabajadora consciente de sus deberes forme un núcleo compacto no en el país de residencia, sino en el mundo. La guerra existe de hecho. El fascismo es un estado de lucha contra la democracia, siendo necesario extirpar las hordas tiránicas del bárbaro que quiere azuzar los odios; el nacionalismo que crea los ejércitos, el falso ropaje de libertad y defensa de los derechos atropellados con la semilla de la guerra futura. El Primero de Mayo tiene que representar la lucha del proletariado contra todos los factores que impiden el desenvolvimiento libre de los pueblos, la lucha contra el paro, la exposición de normas para que los Gobiernos terminen con el ejército de los sintrabajo, con medidas de carácter internacional. ¿De poco sirve que un país tome medidas, si el capitalismo universal se encarga de destruir sus planes! Por eso los trabajadores tienen el deber de unirse para decir a los banqueros, al imperialismo, que llega el día del triunfo del trabajo, que sus ambiciones serán deshechas, porque por encima de todo está el derecho humano, por encima del falso concepto de patria está la afirmación internacional de fraternidad entre los pueblos.

Discútese en Europa las diversas concepciones de paz, y cuando el capitalismo ve minado su terreno acude a otras latitudes a fomentar los odios. Por eso los trabajadores no entienden de patrias, quieren que la Humanidad sea un inmenso país donde gobierne la libertad; al contrario de la burguesía, que explota indistintamente nacionales y extranjeros con el solo fin de mejorar la vida de los suyos.

¡Primero de Mayo! Manifestos, actos de propaganda, charlas amistosas, todo condensado en un punto: ¡Paz entre los humanos! Legiones del trabajo piden la abolición de los ejércitos permanentes y destrucción de los armamentos, medidas de carácter universal para terminar con los sintrabajo. Estas dos peticiones que en todo el mundo se formularán han de ser el punto donde convergerán las ideas de los explotados. La Fiesta del Trabajo no será una demostración pacífica porque, poco a poco, año tras año, el capitalismo tendrá que rendirse ante la fuerza de la razón, ante la ley universal de abolición de la explotación del hombre por el hombre, principio de toda desigualdad humana.

¡Paso a los hombres! La muchedumbre pasa; sus cantos de paz son la perpetua amenaza contra los que comenzaron viéndola con carácter indiferente tras los cristales de los balcones, y hoy tiemblan cuando las voces suben a las alturas pidiendo lo que sus doctrinas dicen: ¡Paz entre los humanos!

CÁNDIDO PEDROSA

TRABAJO Y CULTURA

Es Andalucía una de las regiones españolas que sufre con más trágicas consecuencias la triste herencia de la monarquía medieval y absolutista que, para gloria y dignificación de España, destruyó para siempre el magnífico movimiento ciudadano expresado el 14 de abril del año pasado.

En la fértil y clásica región de los latifundios contemplamos el mágico panorama de sus ubérrimos campos que, solitarios, lloran meses y meses por recibir las benéficas caricias de las rudas manos de sus obreros.

Miseria y analfabetismo son las terribles plagas que nos legara el despótico régimen caído. Las intermitentes crisis de trabajo que durante la mayor parte del año siempre azotaron implacablemente a estos campesinos se agudizan cada día más terriblemente, clavando sus frías huellas en los míseros hogares proletarios.

Inmensos campos que atesoran inagotables fuentes de riqueza, sin que durante largas etapas de tiempo se vea un alma velar por ellos.

En la región de las jornadas de trabajo interminables y de los salarios de hambre han penetrado, a paso galopante, los adelantos de la ciencia y de la técnica moderna. Nos hallamos en plena revolución mecánica. En poco más de dos lustros, la maquinaria ha invadido estas fértiles campiñas, desplazando del trabajo manual a millares de obreros. El monstruo de acero pasea veloz, en carrera triunfal, por las infinitas llanuras y las altas laderas; unas veces rasgando las entrañas de nuestra madre tierra para ablandar su suelo, germinador de ubérrimas cosechas, y otras recogiendo con la rapidez del vértigo las doradas mieses, que representan enormes riquezas.

La ciencia mecánica, al humanizar y ennoblecer el trabajo útil y productivo, redimiendo al campesino de la jornada brutal y agotadora, le priva del único medio de vida que tiene: el trabajo. En la época de la sementera, como en plena recolección cerealista, quedan en cada pueblo centenares de obreros sin hallar dónde invertir sus brazos para llevar el sustento a su hogar. La

pesadilla que les preocupa es la máquina, que les arrebató el trabajo. Esta en su mayor enemiga. Y es que actualmente la máquina, que es el símbolo de la redención futura del proletariado, sólo beneficia a los grandes terratenientes de la agricultura, que embolsan fabulosos dividendos, mientras al verdadero creador de esta riqueza nunca le atendieron ni en sus más mínimas peticiones de mejoras.

Se produce mucho más, pero con mayor economía de trabajo.

Mientras la revolución mecánica ha invadido todas las actividades del campo, el obrero andaluz, víctima del más odioso analfabetismo, ha progresado muy poco en el orden político y social.

La transformación de la explotación agrícola se ha operado completamente. El obrero del campo no se ha comprometido con la dura realidad del problema, en las innovaciones introducidas ni en la forma de enfrentarlas. Sigue aferrado, en sus luchas contra el capital, al absurdo principio de su acción directa, a sus huelgas esporádicas y catastróficas, a sus revueltas insensatas y perturbadoras, a ese ilusionismo mesiánico y simplista de mentes enfebrecidas por concepciones absurdas y utópicas, que sólo conciben un quimérico reparto de la riqueza social, desviándole del verdadero y positivo análisis de sus problemas.

Y mientras sueña y lucha, llevando por armas de combate este absurdo bagaje de procedimientos simplistas, caen una y mil veces víctimas de las maniobras grotescas del caciquismo rural, que les hace tan maravillosamente el juego a los insaciables explotadores de la alta agricultura, causantes de su males-tar y miseria.

Actualmente, los voceros de la revolución a todo trance, embaucadores de masas a fuerza de estridencias, son los más perfectos serviles de los caciques grandes y pequeños. El cacique, que es la expresión y resumen del tremendo atraso en que se hallan estos pueblos rurales, perdidos los timones del mando en la forma descubierta y descarada con que se manifestaba en el régimen monárquico, busca nue-

vas modalidades de supervivencia y dominio sobre las masas obreras, y a buena fe que lo consiguen.

Perdido el predominio de sus mesnadas políticas, tiende la mano a los extremistas de todos los calibres. Y así coinciden en maravilloso maridaje el extremismo de los reaccionarios y explotadores del pueblo trabajador con el extremismo no menos reaccionario de los que siempre están vociferando por la inmediata revolución social.

Los grandes y pequeños caciques saben atraerse a las mil maravillas a estos pregoneros de la redención obrera, manipularlos en todas sus maniobras políticas, siempre contrarias a los intereses del pueblo obrero, y convertirlos en instrumentos ejecutores de sus maquiavélicos planes.

Consideramos que es deber

primordial del Gobierno de la República, mientras la tan ansiada Reforma agraria no se realiza, resolver el problema inquietante del paro forzoso y hacer que las hondas vibraciones de la cultura universal penetren en los más recónditos lugares y que los sature de su espíritu, de todos los adelantos pedagógicos imprescindibles, para transformar la mentalidad superficial y simplista del obrero andaluz.

Cultura y trabajo han de ser en este Primero de Mayo la expresión de nuestros más nobles anhelos. Satisfacción para las necesidades del cuerpo y alimento espiritual e intelectual. Fundamentos imprescindibles para emprender el verdadero camino de nuestra redención social.

JUAN CAMPOS VILLAGRAN

Trebujena.

PRIMERO DE MAYO

La manifestación internacional del Primero de Mayo es la Festa del Trabajo. Y en este día, a la misma hora en cuyos momentos los obreros de todos los oficios, de todas las industrias, artes y ciencias humanas, y también en gran parte las falanges obreras productoras de la tierra de todos los países del mundo aclaman la solidaridad internacional a partir de la memorable fecha del año 1889.

Hace, por consiguiente, cuarenta y tres años que un Congreso Socialista internacional, reunido en la capital de Francia, en el que estaban representados los obreros de casi todos los países del mundo civilizado, entre otros acuerdos de gran importancia tomó el de que el día 1 de mayo la masa trabajadora mundial reclamara de los Poderes públicos una legislación protectora del trabajo.

Fijos bien, obreros del campo, que desde que el memorable Congreso tomó aquel acuerdo ni un solo año ha dejado de cumplir la consigna del proletariado internacional. Antes por el contrario, cada vez se ha mostrado más compacto, más enérgico, probando así que de día en día ha adquirido más conciencia y más cultura para dar la máxima potente fuerza de su estado social para trazarse la línea de conducta que ha de seguir para llegar en el plazo más breve posible a la consecución de su total emancipación económica, política e intelectual, a cuyo fin millares y millares de hombres de distintas razas, unidos en común pensamiento por vínculos de solidaridad, fundada en iguales aspiraciones, idénticas necesidades, guardan hoy, con la esperanza puesta en un porvenir próximo, la fiesta solemnisma que viene a traer algo así como el prólogo de la gran obra de redención de los esclavos del imperialismo capitalista.

De ahí que es un ineludible deber de las imponentes falanges obreras que sufren las terribles consecuencias de esta sociedad semibárbara tomar parte activa en las manifestaciones, en todos los órdenes sociales, que se celebran el día 1 de mayo, cumpliendo el acuerdo del Congreso internacional de París cual si fuera campana inmensa que llama hoy a cuantos en el mundo rinden culto a la fraternidad universal y adoran la redención humana, para que, dándose las manos y confundiendo sus nobles pensamientos, juren de nuevo ser fieles y genuinos defensores de tan altos ideales y no den reposo a su actividad hasta verlos implantados en toda la tierra.

Que el llamamiento será escuchado lo dice el extraordinario movimiento que se va notando de día en día entre la masa trabajadora de todas las naciones; que el juramento se renovará con más decisión y firmeza que otras veces lo acreditan las aspiraciones imperantes entre muchísimos explotados y el ansia que en ellos se advierte de llegar lo antes posible a la meta de sus comunes aspiraciones. La a falanges obreras del universo van a hacer ver al mundo capitalista como gran número de masas esclavas, como millones de proletarios, dándose exacta cuenta de su energía y virilidad, abandonan en este día el trabajo, dejando desiertas las minas, los talleres, las fábricas, los campos del campo; en una palabra, todos los centros de producción, cambio de hacer ver a los Poderes públicos del capitalismo, por medio de mítines, manifestaciones al aire libre y otros actos sociales, para dar después pasos de gigante en la senda revolucionaria.

Para, en fin, probar al mundo capitalista, holgazán y descreído, cómo el mundo obrero, alentado por grandiosos ideales humanos, invencible por su potente fuerza, ocupará muy pronto el puesto que le corresponde, cual es hacerse dueño del Poder político, sin el que no podrá disponer de la poderosa palanca que hoy es el verdadero instrumento de la defensa del capitalista.

Y, por último, si las masas obreras del mundo quieren conseguir los proósitos inmediatos de bienestar y alanzar los ulteriores de su emancipación total, es preciso dar a las Soledades de resistencia al capital una imprescindible potencialidad social

conjuntamente unidas en un potente bloque. Porque aisladas no pueden representar la suma del poder de conquista de la clase obrera; al contrario: si pretendieran permanecer desvinculadas del conjunto de las demás organizaciones obreras cometerían un gravísimo error, porque el obrero que sólo confía en su acción individual se hace doblemente esclavo de su contumaz enemigo: el capitalismo.

FÉLIX BANOS

Sigamos luchando

En este Primero de Mayo justo es que meditemos un poco acerca de lo pasado, no con idea de recrearnos en los triunfos y descuidar el porvenir, sino, al contrario, para restablecer nuestra conciencia, y examinado, aunque sea ligeramente, el tiempo pasado, sacar de él las enseñanzas que nos conduzcan por el camino más recto para el logro de nuestros ideales.

Fué el Primero de Mayo pasado la gran fiesta del trabajo que, con entusiasmo sin igual, hacían de costumbre los trabajadores del mundo. En años anteriores, en los tristes años de tiranía militarista, no fué posible a la clase trabajadora celebrar este día como su deseo le indicaba. No se permitían manifestaciones, ni actos de propaganda, ni nada que pudiera servir para reflejar el estado de ánimo del pueblo.

Y así, después de tantas y tantas felonías sufridas, llegamos al año 1931, en que España reacciona enérgica y virilmente y obtiene su liberación política, proclamando la República.

A mediados de abril sucede esto, y llegamos al día de nuestra fiesta envueltos en el fervor entusiasta de los que verdaderamente deseaban el cambio de régimen y por él lucharon, y entre los alaridos de contento de los «frigorios», que de manera desvergonzada cantaban el heroísmo de los hombres de la revolución, y entre los comentarios de los extrarrevolucionarios, que nadie vivió en sitio alguno y pretendían llevarse toda la gloria del triunfo.

Todo era alegría; todos los hombres eran a cual más dignos de los más altos honores, y en Madrid, donde las figuras del Gobierno de la República presidían la manifestación, eran objeto, en especial nuestros camaradas ministros, de los agasajos de todos.

Ha pasado un año, y cuán diferente es el momento a aquel entonces. La alegría de los «frigorios» ha vuelto a su primitivo estado.

Agrupados nuevamente, en vez de en la Unión monárquica, en el partido radical, bajo la piadosa sombra del maestro que hasta ayer se llamó caudillo, esperan la llegada rápida, cual aves de rapina, de este nefasto hombre, de este maestro, sí, pero de hombre, al Poder para echarse sobre él, y desde sus respectivos puestos y localidades continuar royendo el presupuesto y pisando la conciencia y dignidad de los trabajadores.

De otro lado, los diversos «istas» de las tan diferentes tendencias «revolucionarias», que pensaron quizá, al igual que algunos, que al proclamarse un régimen por el que nada hicieron iban a lograr, cuando menos, que se deshicieran los ficheros de la Dirección general de Seguridad, donde en su mayoría se encontraban, y no ciertamente por rebelarse contra el anterior régimen.

Marchando entre estos dos temporales nos encontramos nosotros; marchando como antes, solos, pero con paso seguro, y confiados plenamente en la fuerza de nuestra doctrina; sabiendo de antemano que toda calumnia o rufanada del enemigo, sea éste el que sea, no logrará hacer mella y se estrellará contra nuestra honradez.

Expuesta al juicio del país se halla la obra del Partido Socialista y sus hombres. Claramente, frente a todas las tendencias, surge nuestra conducta ejemplar, y esto es lo que debe tener en cuenta el proletariado español, sobre todo el campesino, tan mal-

CANTO A LA YUNTA

Brindaré por mi yunta; ¿por quién mejor?

Si es con el clamoreo de la chicharra, cuando el arado clava su fina garra, la eterna compañera del labrador. Si ella vive su vida y es el testigo más cercano a sus gozos y a sus pesares; si ella tiene consejos de buen amigo al regar el barbecho que le da el trigo con el sudor que vierte de sus ijares. ¡Por ella va mi brindis! Por esa yunta de labor, que hace un trono de los terrones y de la mies cereña las procesiones, cuando en el acarreo su fuerza junta luciendo sobre el lomo las guarniciones. La que, airosa, pasea las barbecheras y, al plegarse a la tierra, suda y resopla; y al cantar las alondras más mañaneras, acompaña el acento de sus colleras al gañán, cuando dice la primera copla. La copla que se extiende por la llanura como pregón sincero de recia calma, y es un clarín de guerra por su bravura. La que sube a los labios sentida y pura, porque el gañán la lleva dentro del alma. Esa copla que es sangre por lo valiente, y es chorro de agua clara de mansa fuente, y es como flor de almendro por lo sencilla. Y es de serena y honrada como la frente de las gentes del campo de mi Castilla. Por mi yunta romera. Por la alazana. Por la negra morcilla como la mora. Por la roja encendida como la grana. Por la que al sol brillante de la mañana luce sus gallardías de emperadora. Por la que en los rastros la sangre deja. Por la que como a novia que se corteja mira la gañanía por lo garbosa. Por la que al andar clava la dura reja y hace abrirse a la tierra como una rosa. Por la que es, entre todas, la preferida. Por esa noble yunta, que quiero tanto, voy a brindar al darle mi despedida. ¡No extrañéis que mis ojos los nuble el llanto, si al dejarla me dejo mi propia vida!

JULIAN S. PRIETO

tratado como antes por los caciques, nuevos republicanos, y los gobernadores al servicio del capitalismo cerril e intransigente ante el avance social, y saber obtener la consecuencia que sin prisas, pero con energía, nos supimos imponer sobre la monarquía, y paso a paso, con seguridad y firmeza, ir aprovechando todo lo bueno que se halla en el camino, y continuar en la lucha sin desmayo alguno, en la seguridad de obtener el anhelado triunfo a que todos aspiramos.

En este Primero de Mayo se impone que todos nos coloquemos con más ahínco en nuestros puestos, frente a todo y a todos, para que podamos conmemorar el próximo año la fiesta nuestra con un haber de triunfos más crecido y de mayor valor que el que este año presentamos.

JULIO PINTADO

Llamad a la mujer a reflexión

Llamad a la mujer a reflexión, porque, más o menos pronto, las elecciones municipales y las generales se verificarán; y la mujer española no sabe lo que es tener voto. No ha hecho nunca política, aparte el consejo al marido y a la familia; vive entregada a las faenas del hogar, a los cuentos del pueblo, y un poco — poco — a las exigencias de la Iglesia. No ha puesto todavía a reflexión los problemas generales y sociales que agitan al país. Cree que con atender a su marido, y a sus hijos, y a la profesión, si la tiene, está hecho todo. Hasta cree — la mayoría —, por influencia de la Iglesia, que Dios no quiere que se meta en esas cosas. Su misión — dice y piensa — está cumplida con las obligaciones del matrimonio, la profesión y Dios. La mujer española, aunque sea a ciegas — lo que hay que evitar —, votará con decisión y fe, lo mismo la católica que la no católica; es mujer, por temperamento, de fe y de confianza en su obra. Claro que por la fuerza del medio, a cuya acción nadie se sustra, ha intervenido, sin querer, indirectamente en la política, siempre que algún acontecimiento ha herido su sensibilidad; pero hasta hoy no ha tenido en sus manos el arma poderosa del voto. Ya puede actuar directa y eficazmente. Y hay que llamarla a reflexión y hacer propaganda para enterarla de la política y de las ideas políticas, y de los partidos, y de los hombres que figuran a la cabeza de ellos.

El gran Ortega y Gasset ha dicho que «un cuadro sin marco tiene el aire de un hombre expoliado y desnudo. Su contenido parece derramarse por los cuatro lados del lienzo y deshacerse en la atmósfera».

Nosotros somos en el cuadro nacional el contenido, lo menos, dejando el marco a la arquitectura y a la construcción; y si la mujer, como el hombre, no contribuyen con su espiritualidad y sus ideas a darle vida y a alimentarle, al cuadro le faltará el contenido.

Por esto, la mujer española, que tiene ya voto y tiene alma, debe traer a reflexión antes de votar, para hacerle con fundamento, las amargas

y sufrimientos que el antiguo régimen causaba. Debe traer a su memoria la guerra y las quintas, que diezaban el hogar y desgarraban las almas; las lágrimas vertidas por los impuestos crueles, sin conciencia, y de los que se libraban casi todos los ricos; la justicia sin justicia, cara y vergonzosa, por la acción vil de los caciques; la falta de escuelas para sus hijos, viviendo en plena calle, sin más maestro que el del medio social de la aldea, torpe y grosero; la falta de higiene: otro látigo.

Y más que nadie debe pensar estas cosas la mujer del obrero, la del trabajador, siempre con hambre. ¡Cuántas veces con hambre, sin tierras, sin casa, sin trabajo! Media España come y viste de lo que desechan los ricos, en pueblos y capitales.

Y todo se debe pensar en relación y comparación con lo que puede hacer la República, si tiene Gobiernos de orientación radical y humana. Puede hacer su ejército voluntario con lo que evitaría muchas ansias y tristezas; dar tierras a los que trabajan; limitar extraordinariamente los impuestos; gratis la función de la justicia y moralizarla; suprimir por completo al cacique, y que la enseñanza, en todos sus grados, sea racional y laica, sin costar ni un céntimo, y al alcance de todos, y que el hijo del pobre, como el del rico, pueda ser ingeniero.

Y si esto puede hacer el Gobierno de una República, ¿qué no podría hacer un Gobierno socialista, raíz del movimiento obrero? Y se puede hacer más: se puede tener confianza en todas estas reformas y mejoras cuando la República, en menos de un año, ha dado en tierra con la losa de plomo que entre nosotros era el elemento clerical; ha hecho una tala en el ejército, que era otra losa de plomo; ha declarado laica el Estado, disuelto la Compañía de Jesús, establecido el matrimonio civil y el divorcio, secularizado los cementerios, y va a poner mano a la tierra y a los latifundios, y en la cuestión de la enseñanza — la más principal desde arriba abajo — ha hecho y hace una revolución.

Tiene la mujer española material suficiente para reflexionar. Y no se diga que si es católica su religiosidad se opondrá a votar libremente. Si es religiosa de veras, cristiana, no podrá decir eso. Jesucristo es uno de los orígenes y fuentes de las ideas radicales. «Al prójimo como a ti mismo», se puede ampliar, según el espíritu y vida de Jesús, diciendo: «Al prójimo como a ti mismo, en amor y económicamente».

Jesucristo, por amor, veinte siglos antes, actuaba casi de socialista.

A. HORRILLO

¡COMPAÑEROS DEL TERRUÑO!

Y perdonad que así empiece estas mal hilvanadas líneas. No tengo facilidad para expresar lo que mi pensamiento concibe y descifra con gran esfuerzo mental, por causas y razones que todos comprenderéis, y que en muchos de vosotros serán, cual en mí, terrible pesadilla, amargo dolor. Pues qué, ¿no es triste tener que

ANTE EL RÉGIMEN REPUBLICANO

Diariamente nos comunica la prensa rotativa algún suceso espeluznante; algún choque violento entre patronos y obreros, o entre éstos y la fuerza armada.

Los conflictos sociales en el agro español surgen con mucha frecuencia. Podemos asegurar que constituye el primer plato gráfico, la comidilla sensacional.

Un día es en este pueblo; otro día es en el de más allá; al siguiente es en aquella comarca, y al otro se repite en otra provincia o región. La lucha es continua, y reviste, en ciertos momentos, caracteres alarmantes. Pero tiene su explicación.

Hasta que se implantó el régimen republicano en España los obreros campesinos eran tratados como seres inferiores a toda otra clase de trabajadores. Vivían esclavizados bajo la voluntad de los grandes terratenientes, de los señores enortijados, de los políticos falaces, del caciquismo desenfrenado y cerril, que gozaba del beneplácito de las autoridades para imponer su dominio señorial. Pocas fueron las leyes de carácter social que se consiguieron en favor de los agricultores; pero aun las pocas disposiciones que se promulgaron no se aplicaron debidamente, por obra y gracia de la influencia de los grandes terratenientes.

Los parias del terruño no encontraban nunca un rasgo de justicia. Esta era prisionera de los latifundistas, de los magnates y sus peles pueblerinos.

El obrero tenía que ganar lo que acordaban los patronos; trabajar las horas que los dueños deseaban, y obedecer siempre los mandatos y órdenes emanados de la voluntad del amo. ¡Oh el amo! Palabra fatídica, horripilante, mortífera. ¡Cuánto se viene luchando contra su significación! Hasta que se venza al amo la lucha será terrible. Sin embargo, vemos iniciada la tarea con bastante actividad. Nos duele, ciertamente, que haya choques cruentos; quisiéramos que la lucha se desarrollase pacíficamente; pero, dados el estancamiento y la incomprensión de los poderosos, se hace de todo punto imposible la pacificación de los espíritus.

Los obreros del campo trabajan y ganan poco, se les respeta menos y sufren lo indecible. Por eso se organizan y se rebelan contra esa desgraciada existencia. Piden que se concierten contratos colectivos de trabajo, para ordenar bien las tareas y tipos de salarios. Quieren que se les respete debidamente en el trato y que se regularice la jornada de trabajo. Esto es, sencillamente, lo que les mueve en la mayoría de los sitios a ponerse en movimiento; pero chocan con los amos, con esos dominadores de la tierra, intransigentes y testarudos, que quieren mantener a toda costa el ritmo feudal y desprecian las peticiones de los obreros agrícolas, y cuando en algún caso se avienen a parlamentar y se confeccionan bases de trabajo, no sirven para nada, porque después no las cumplen. Esa actitud idiotesca es la que produce la indignación entre los trabajadores y hace que se manifiesten en actitud poco tranquilizadora.

El advenimiento del régimen republicano ha procurado reparar algunas injusticias en ese orden; pero todavía se resisten a cumplir las disposiciones legales y los contratos de trabajo. Esta resistencia que opone la burguesía tiene que vencerse, a fin de que la lucha de clases no sea una pelea de fieras, sino una contienda razonada y humana.

Ni los trabajadores del campo deben creer que la República burguesa que tenemos les ha de resolver completamente todos los problemas reivindicativos a que aspiramos los socialistas, ni la clase patronal agrícola debe parapetarse en la intransigencia absolutista. Abramos paso a la concordia. Dejemos libre el camino del progreso y que ceda quien deba ceder, y que avance, por consiguiente, la masa trabajadora hacia la conquista de los medios económicos y políticos que le corresponden en los momentos actuales en que vivimos, dejando tras de sí las negras páginas de dolor, de hambre, miseria y esclavitud para que no vuelvan a reproducirse jamás.

PEDRO GARCIA

declarar que por causa del incalificable abandono en que los que aún se llaman amos de los trabajadores de la tierra nos han tenido y nos tienen, a la par de la infame esclavitud en que nos aprisionan, y no es desconocido decir desde la tribuna de la prensa que no puede uno escribir lo que siente, lo que piensa y lo que quiere, porque no sabe, porque ellos, los señores del feudo, no consienten ni dejan al bracer del campo limpiar su espíritu de la ignorancia?

En ese caso me hallo yo. Quisiera dar salida de mi cerebro a múltiples ideas que arden en mi mente, y que son hijas de la observación diaria y del continuo martirio a que, lo mismo que a mí, a vosotros, compañeros del eterno regar los campos con el sudor de nuestro rostro, seguramente vibrarán y revolotearán en el continuo laboreo de nuestro arrastrado caminar.

Si; son ellos los que arrancan de nuestros castigados cuerpos todas las energías vitales para convertirlas en bienes de fortuna que sólo ellos disfrutan, dejando para nosotros el hambre; son ellos los que nos consideran de una raza inferior, distinta y aun diferente a la suya y de menos valor que los irracionales, que, con nosotros, son la fuente primordial de un bienestar que inmerecidamente detentan.

Los obreros de la tierra se han dado cuenta de que sólo con la unión pueden llegar a conseguir la victoria.

En vano varios compañeros parados, como yo, hemos visitado a los actuales propietarios de las tierras de esta localidad, diciéndoles: «Los campos piden a voces la escarda; nosotros podemos hacerla. La cosecha será mayor y de mejor calidad.» Nos han contestado: «Esa costumbre de escardar pasó a la Historia. No queremos esa limpieza en los campos.» Hemos insistido: «Estamos sin trabajo.» «Pasamos hambre, y nuestras mujeres y nuestros hijos.» «Buscad por otra parte», nos han repetido.



Alcalá de Henares.

FELIPE LOECHES

Estad seguros de que seguiremos el camino que nos habéis trazado y de que el surco rectilíneo de nuestra voluntad seguirá sin desmayo labrando los baldíos en donde vuestra semilla no haya penetrado.

Y termino repitiendo las palabras de Lucio Martínez: «Trabajadores castellanos! No olvidéis nunca que la acción, la lucha y el esfuerzo son los factores que conducen al triunfo.» En nosotros está, por lo tanto, el conseguirlo.

Interin, sirvanos de consuelo alentador el reciente Congreso regional de Castilla la Nueva, en el que 310 Secciones, con 51.337 federados, han puesto de manifiesto el desbordante entusiasmo con que fueron aplaudidos y aceptados los acuerdos y las conclusiones en él tomadas en pro del obrero de la tierra, que ansia su emancipación.

No terminaré sin dar aquí una prueba de agradecimiento al compañero Lucio Martínez. El, con los demás compañeros y camaradas diputados socialistas, han fortalecido nuestra fe en la lucha para seguir luchando hasta, como ya he dicho antes, vencer.

En nosotros está, por lo tanto, el conseguirlo.

Alcalá de Henares.

FELIPE LOECHES

Alcalá de Henares.

FELIPE LOECHES

Alcalá de Henares.

FELIPE LOECHES

Alcalá de Henares.

Alrededor de un proyecto

¡Nuestras cosechas!

¡Segundo Primero de Mayo republicano! ¡Primero de Mayo cuyas rojas banderas aportan, en su tremolar, estuvis que hablan de máxima esperanza: la de esa reforma agraria que ha de trastocar todo el horizonte del régimen de propiedad!

Horizonte desolado como ninguno el de esta propiedad rural en España: feudalismo..., señorío..., caciquismo..., latifundio... Términos dramáticos, de resonancia bárbara a través de los siglos de esta decadencia, cada vez más precipitada, de un solar que fué el del mayor imperio del mundo.

Y por primera vez la esperanza permitida, la esperanza en puertas.

¿Desengaño más tarde? No. Sabemos demasiado que esta hora no es todavía la nuestra; que faltan todavía muchas hasta que la nuestra suene en el reloj de la evolución social. Desengaño no, porque ya sabemos, desde antes, que la esperanza es sólo la de una etapa. La de la primera etapa en la ruta que ha de conducir hasta la meta señalada.

Ruta penosa, ruta de sacrificios, entre los cuales no ha de ser ciertamente el menos duro el de ayudar a sostener lo que en apariencia nos es contrario. No es nuestro régimen éste; no es ésta nuestra República. Mas fíjase que nunca como ahora tuvieron las banderas del Primero de Mayo tan ancho campo en donde agitarse; que nunca pudieron como ahora resonar tan fuertes y triunfales los ecos del himno que invita a los trabajadores todos a unirse en su propia defensa.

¿Que es muy poco? No lo creáis. Nunca es poco lo que permite una posibilidad, y ahora sabemos que todas las posibilidades nos son permitidas, que todas serán etapas sucesivas de nuestro afán, con tal que sepamos recorrerlas serena y comprensivamente.

¿Primero de Mayo socialista? No. Pero Primero de Mayo del Socialismo que avanza hacia sí mismo. Todo cuanto se nos quiera demostrar en contra, todas las precipitaciones y todos los desengaños precipitados no son sino incomprensiones de la realidad.

Nadie mejor que el campesino sabe que nada en la Naturaleza fructifica antes de tiempo. Lo primero es arrojar la semilla, y la siembra no da buen resultado si la tierra no ha sido antes dispuesta para recibirla. Ni los hijos del hombre ni los frutos de la tierra pueden nacer con vida antes de tiempo; y el curso de las estaciones no hay abono científico que lo pueda alterar. El campesino lo sabe: cuando ve granar hermoso el trigo, no puede borrar su alegría quien venga a decirle que aún no ha recolectado. ¡Nuestro trigo está empezando a granar!

Y de nosotros depende que en futuros Primeros de Mayo las cosechas sucedan cada año más fecundas.

MARGARITA NELKEN

Fácilmente se comprenderá que se trata de la proyectada Reforma agraria. Antes de que se instaurara en nuestro país la República burguesa, nuestros organismos superiores venían preocupándose de la situación miserable en que vivía en España la mayoría de la gente del campo. Frente a nuestra actitud de defensa del campesino débil se encontraban la nobleza, el capitalismo y la misma realza en persona. Cuando proponíamos en el antiguo Instituto de Reformas Sociales, o, más recientemente, en el Consejo de Trabajo, que las leyes que reglamentan el trabajo se llevaran también al campo, los defensores de los privilegios nos salían al paso con su oposición, y si en algún momento nuestras propuestas se aprobaban, al llegar a las Direcciones o al ministro se encerraban en los cajones de las mesas y de allí no volvían a salir.

Así venimos luchando hace más de treinta años. ¡Cuántos sinsabores y cuántas rabietas hemos soportado, y también cuántas injurias y calumnias hemos tenido que sufrir! Los años y las peleas constantes nos han hecho indulgentes, y, así, sonreímos ahora a muchos que hasta hace poco tiempo se oponían a que llegara al campo cualquier mejora y en estos momentos les vemos moverse mucho, diciendo que trabajan en favor de los campesinos. En nuestro fuero interno solemos decirnos viéndoles actuar: ¿Trabajan por las gentes del terruño, o por el acta, cargo o determinada representación? Para pensar así nos sobran motivos. Estos redentores de última hora tendrán que definirse con claridad, e importa mucho que los obreros, los pequeños propietarios y los arrendatarios modestos se fijen bien en ellos.

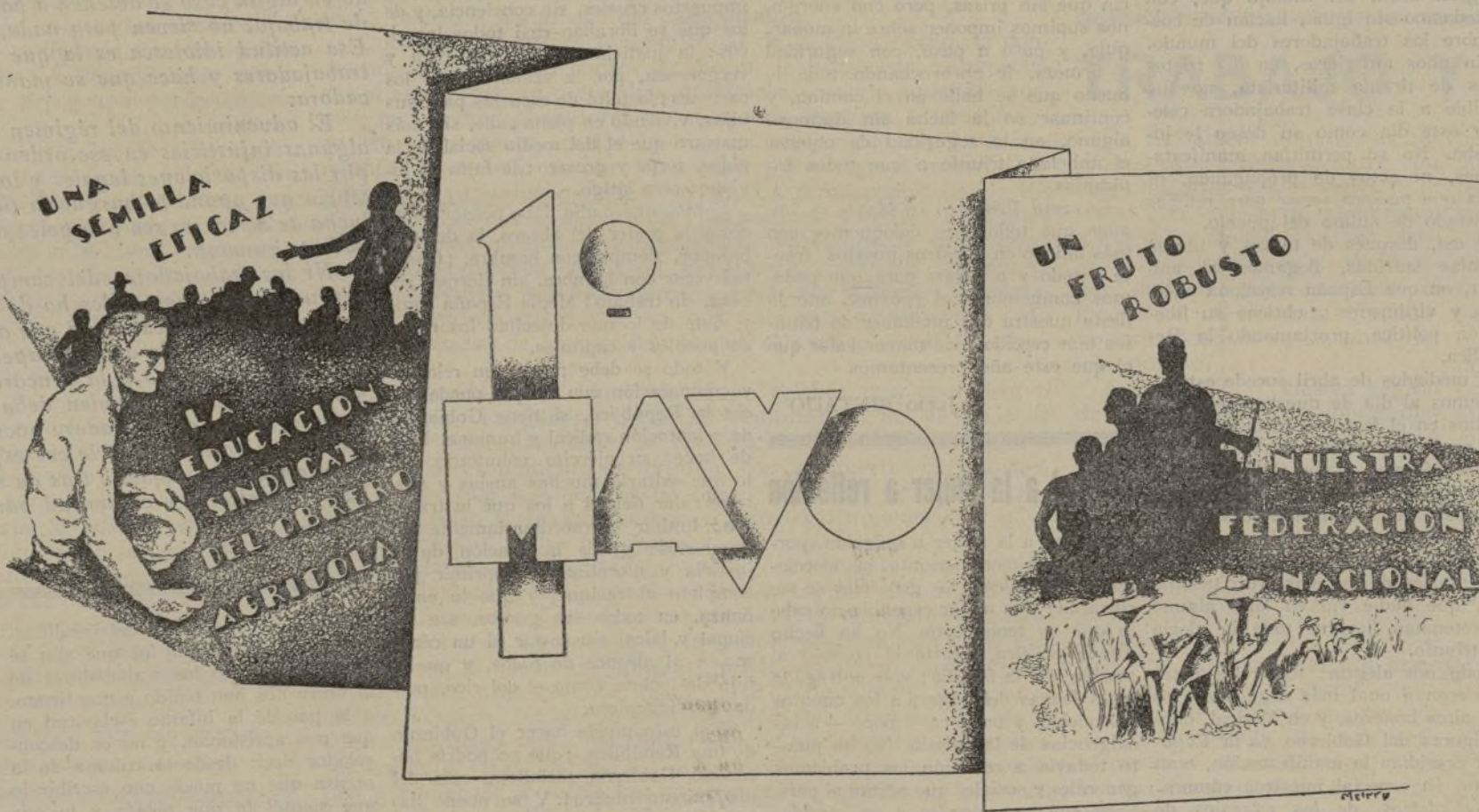
Al campo hay que resolverle los problemas que tiene planteados. La economía agraria no puede tener millares y millares de hombres, padres de familia la mayoría, en paro forzoso durante cinco, seis o siete meses en el año; la organización de la agricultura no puede quedar a merced de los propietarios del suelo, porque se trata de la riqueza nacional, del bienestar del país, y no es posible que se postongan estos postulados en aras al derecho de propiedad individual. Es muy reducido el número de dueños del suelo que cultivan la tierra directamente; la mayoría tienen otra profesión; suelen ser abogados, médicos, etc., etc., y si no lo son ellos, intentan al menos que lo sean sus hijos. Los terrones les sirven para que les den renta o ganancia, bien que entreguen las tierras a los arrendatarios o que tengan casa de labor, poniendo al frente de ella a un encargado que actúa de capataz técnico, de hombre de confianza del dueño y de arrendador de sus mismos compañeros de explotación.

La tierra, para estos hombres, representa una fuente de riqueza, pero nunca un instrumento de trabajo. Hay algunos, seamos justos, que se sienten orgullosos de ser agricultores; otros a quienes no les pesa esta dignísima profesión; pero la inmensa mayoría de los ricos no son capaces de soportar las asperezas del agro, y viven reclusos en sus casas confortables, en los casinos o en la ciudad. Sus aficiones son, generalmente, la murmuración política, el caciquismo toco y el ejercicio de la arbitrariedad. Así se conducen, y de esta forma y en estos casimilos vegetan, viendo cómo pasan los días y los años, sin sentir jamás la inquietud espiritual de adquirir una cultura superior. Son muchos los casos que hemos comprobado de hombres de esta naturaleza que han adquirido un título en una Universidad y que nos han dicho: «De mi carrera no me pregunte nada, porque no la he ejercido». Nosotros hemos pensado, sin decirlo, esto: ¿Y por qué no la has aprendido? Se nos dirá que tal vez vemos las cosas del lado pesimista y con pasión. No creemos sentirnos apasionados ni somos unos escépticos; al contrario, tenemos fe en nuestros ideales y confiamos en esa legión de campesinos que ahora se alza frente a esa posición foja y desvaída de estos propietarios aniquilados por la ruina, que no son capaces de mirar cara a cara a las dificultades para conocerlas y vencerlas.

Estos sus amigos y sus protectores de las ciudades son los que combaten el proyecto que se cita al comienzo; pero los últimos, los listos, lo hacen de forma encubierta: saben que ahora el campo puede proporcionar aclas y renombre y no se atreven a ponerse frente a los proletarios y los casi proletarios del terruño. Por eso dicen unos que es muy poco; otros, que es la explotación; los de más allá, que van a estar peor que ahora los campesinos; esos otros, que se arruina la agricultura. En resumen, juicios y manifestaciones interesadas que no pueden influir en nuestra marcha. Entre todas estas críticas apasionadas y faltas de veracidad podemos destacar este hecho: al campo, antes abandonado, todo el mundo vuelve la cara. Es ahí donde está el porvenir de España y la solución de los problemas sociales. Sin el proletariado del campo, juntamente con el cultivador directo, verdaderamente directo, de su pequeña hacienda y del arrendatario modesto, no podrá el ideal socialista marchar adelante en su acción de lucha de clases con los campesinos.

Las peculiaridades y complejidad que presenta la agricultura no desvían el principio de emancipación del régimen del salario, que es el anhelo de los trabajadores de todo el mundo.

LUCIO MARTINEZ GIL



HAY QUE EDUCAR AL CAMPESINO

La obra más gigantesca que ha de realizar en España el Partido Socialista, si quiere consolidarse, ha de ser la de educar a la clase obrera campesina, arrancándola de la ignorancia y del fanatismo clerical y de las ilusiones y espejismos del anarquismo desmoralizador.

Los campesinos españoles no pueden seguir aferrados al pasado, no sólo porque ha desaparecido para siempre la monarquía, sino porque el pasado, con la dominación económica, llevaba enlazada la dominación espiritual. El campesino era víctima del cura y del cacique. Con la República el cura no debe invadir esfera distinta de la Iglesia, y el cacique no puede prosperar, si la ley ha de cumplirse sin contemplaciones.

Para cumplir y hacer cumplir las leyes, burguesas, desde luego, pero leyes hechas por la voluntad nacional, sin presión de nadie, es indispensable constituir fuertes organizaciones agrarias de tendencia socialista. Y esa labor, la más penosa, pero la más urgente, han de realizarla los hombres de nuestro Partido con sumo tacto, para evitar que las masas agrarias, desorientadas, se inclinen del lado de quienes les ofrezcan la revolución social a plazo fijo.

Nada más fácil que engañar a los campesinos hambrientos. Pero cometer esa felonía es deshacer la organización obrera. Porque las masas que creen alcanzar con más facilidad su felicidad y se lanzan a pelear con la guardia civil, a matar patronos o esquilones, a incendiar la producción, a asaltar las casas sociales o particulares de los patronos, a declarar huelgas sin medios de resistencia, sin educación de clase, fiando sólo en la oratoria demagó-

gica de un aventurero recién llegado, que ansia ser concejal, luego alcalde y más tarde diputado a Cortes, para negociar con las Sociedades obreras, esas masas, desalentadas, se entregan después al pesimismo, votan a los reaccionarios o no salen de sus casas, no leen periódicos democráticos y son juguete de los curas o de los caciques, aunque éstos tengan una apariencia republicana.

Hay que educar a los campesinos en la más pura doctrina socialista, sin confusiones con los partidos burgueses; pero sin ilusiones con promesas imposibles de cumplir.

Hay que crear en su conciencia un sentimiento honrado, noblemente socialista, educándoles en la acción política de clase.

Sólo cuando los Municipios españoles tengan minorías fuertes y mayorías capacitadas constituidas a base de socialistas de verdad, será posible tener esperanza en la transformación del país, que debe llegar a lo más hondo para ser duradera.

El Socialismo español ha de ser, pues, preferentemente agrario. Ha de formar una legión de concejales agrarios, enseñándoles a administrar de modo que la administración socialista sea superior en moral y en eficacia a la administración burguesa.

Y ha de hacer todo lo posible por deslindar los campos entre la clase explotadora y la explotada, colocándose siempre, como guía espiritual, al lado de los campesinos, hasta que la cultura y los medios económicos sean, para estos hermanos nuestros, los que deben ser, los que ellos se merecen, los que conquistarán si saben permanecer fieles a la Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista.

ANDRÉS SABORIT

Sesión histórica

En uno de los salones de la planta baja del ministerio de Trabajo y Previsión se reunían unos cuantos miembros de la disuelta Comisión técnica agraria para preparar un proyecto de arrendamientos, mientras que otros vocales preparaban una ponencia sobre latifundios, que se combatida fué después por la incapacidad constructiva del extremo blanco y rojo de nuestro país.

Era la Subcomisión de arrendamientos que reanudaba sus trabajos después del regreso a Madrid de algunos de sus componentes, elegidos diputados tras una viva e intensa campaña electoral.

Uno de los vocales, Lucio Martínez Gil, expuso a los presentes la difícil situación en que colocaba el agrícola a los arrendatarios y la necesidad de acudir urgentemente al socorro de esta clase social con una moratoria en el pago de las rentas y una revisión de éstas; expusieron acabadamente documentalmente, la Subcomisión en pleno comparó estos puntos de vista y encargó a los de sus comisionados, el fiscal de Granados y el camarada Zafra, desarrollo en artículos de esta media de buen gobierno, que tanta influencia positiva había de ejercer en los destinos de los cultivadores de las tierras arrendadas de toda España.

La «Gaceta» de 12 de julio de 1931 publicaba un decreto, con las firmas del que hoy es ilustre presidente de la República, del que era entonces ministro de Justicia y del que continuaba con la cartera de Trabajo para que los arrendatarios pudiesen pedir la revisión del contrato al efecto de la reducción de la renta siempre que el precio fuera superior a la renta catastral en la España trasterada o al líquido imponible en amillorada e inferior a 15.000 pesetas anuales, así como el aplazamiento o escalonamiento del pago de la misma.

Esta disposición ha llevado al campo español, sediento de justicia, a la protección social, con la reglamentación de la cuantía de las rentas hasta llegar a la equidad, y una protección política al reglamentar la tramitación de los desahucios por falta de pago y es lamentable que muchos arrendatarios se distinguen por su encarnizada persecución a las organizaciones de trabajadores de la tierra, cuando bien a la iniciativa de uno de sus representantes el beneficio de una baja considerable de las rentas se obtendría durante el régimen monárquico.

Otros decretos se dictaron posteriormente para ampliar y regular estos principios de protección al arrendatario, sin mengua de los derechos del propietario; pero la ley disparada por un ágil arquero dado en el blanco, y buena parte de ello son las numerosas peticiones de rebaja de renta hechas por arrendatarios grandes, medianos y pequeños, todavía pendientes de resolución por los Juzgados y Jurados de paz, en número de 67.719, y cuyo fallo requiere una verdadera maquinaria judicial, como acaba de hacer el ministro de Justicia hace días.

ESTEBAN MARTINEZ HER

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernar

